

**Carmen Vascones**

**NINGUN LADO SABE**

*“La locura de una memoria que se ocupa de lo prohibido”*

*Edgar Allan Poe*

*“Sentía que era un pensamiento de alegría y de esperanza;*

*pero también sentía que había perecido cuando aún estaba en gestación”*

*Edgar Allan Poe*

¿Sabes o no? Célula nuclear. A veces se me atasca la palabra en el laberinto del cuerpo. Precisa la complejidad. Te adiestran el conocimiento. Accionas. Se evidencie el aprendizaje. Desarrollar. Resolver. ¿Volver? ¿Siniestramente lo diestro?

–Destreza–

El grito no es suficiente. El silencio sombra de la voz. La lengua apunta. Punta del tiempo el espacio entre uno y otro uno. Una mujer pinta el recuerdo de negro. El blanco se le ríe desde la esquina del pincel.

El rojo leucemia asoma en su rostro cuando la operación no rueda en el gatillo y se atasca en su garganta. Revolver sin ayuda del revólver. Volver. Ver. Nada de rescate. Frío arma repetición. Entro a la recámara múltiple de doble acción o simple acción. Mi cabeza oscila. El armazón de mi psique nada en el agujero donde no pongo ningún cartucho. Se arma y agarra duramente del cilindro. Allí aloja los órganos de los sentidos. Ojo, oreja, nariz, boca, tacto sin plomo.

Uniforme de ortografía o cálculos de soldados, lado a lado. Atados en el dado del tiempo que corre. Descalco, calco, colgar la punta del lápiz en el cuadrado donde va cada centena, decena, unidad de cada uno.

La madre le dice de diez, ocho son fusilados, cuántos quedan. Se imagina cayendo a los muertos de uno en uno mientras revisa la cuenta en sus dedos. Ninguno puede quedar herido, no puedo salvar a nadie, es su suma y resta, tengo que eliminar, tengo que disparar hasta quedar, contesta, –Dos– Cuando matan a estos dos cuántos quedan.

Nada de pólvora. El cuerpo un proyectil cargado de momentos de disparos al blanco, al objetivo, al punto fijo como un francotirador. Mi madre se caree el arma acaso, un filudo metal cerebral. Sólo que me toma como el tirador fijo y único a pretextos de ejercicios, ensayos y pruebas exactas.

Mate y mastica la muerte sin desplomarte. Mantente firme. Empuña la cacha de la idea. Hace arco. Revisa la caja del mecanismo del sentido. Que no pese. Mira en la ventana del lente para atinar.

El niño se imagina sin dedos, ubica el arco vacío de su bicicleta, le quita los rayos, deja un círculo despejado de asesinatos, la mira, le dice –cero- como yo algún día piensa. Borra la pizarra, en su cabeza un charco de mortandad. Apesta los números. Huele a cadáver su cuaderno.

Ahora vamos con suma, continúa el tono imperativo. Imagina una zanja finita en la rayita con la que empuja el círculo, dentro de la resta los restos. El rastro para elucubrar. El rostro no tiene donde reflejar al semejante.

Coge a los signos, saca de no sé dónde un dado, le borra los puntos, allí a un lado, le pega la suma, al otro la resta, a la otra parte le pega el por, hasta que al último lado que supone, todo distraído le chanta la división.

Es interrumpido.

A veinte soldados acorralan, llegan veinte de refuerzos, al otro lado hay 15 listos para el contraataque. ¿Cuántos aliados y enemigos hay? Guerra es guerra no olvides nunca eso.

–De parte de quién estamos- tímidamente le repregunta, con quién estamos nosotros con los cuarenta o los quince-No has entendido, qué importa, ambas partes son enemigos. Unos tienen que ganar y otros perder. Frenéticamente echa el dado encima del cuaderno, sale (+), lo coge rapidísimo, lo hace dar vueltas entre sus dos manos, hasta que lo tira, cae al suelo, sale (–), así pasa hasta que siente que el dado se hace un montón de lados apretados en la perspectiva de una línea. Champipa se fue a la guerra montado en una perra. Pupurupum. Pupurupum. Pupurupum. Pupurupum. Pupurupum.

Pum. Pum. Pum. Pum. ¡Puf!

Peleó con suma y resta hasta con la multiplicación. Luego se dividió cayendo en quebradas de quebrados dentro de iguales y desiguales de conjuntos llenos y vacíos dentro de una raíz al cubo que quería ser cuadrada y de tanto jale y cruces se dio una reventazón, así no dice la canción.

Así será porque todo se destripa con tanta montarata. Rata. Tarararara. A Tarara. Tapum. Apunto. Listo. Lista. Fuego. ¿A cuántos elimino? -No te equivoques, tienes que ser exacto-. Rataplam. Plam. Planes. Planos.

-¿Cuál es tu plan?-

Luna, media luna, luna llena. Cuarto menguante. Guante. Aguante. La noche se incendia. El acero no es cero. Apreso al preso soldado con el aro de matrimonio que brilla en el dedo de mi madre. Nunca se lo ha sacado. ¿Cómo sería el rostro de mi padre? Acaso como uno de esos que tengo que matar. Clavo el acero en el chillido del sacapuntas. Punta del lápiz listo.

Escoge lo que sea, suma, antes que se pierdan en la bomba que va a caer. Apura, no me hagas perder el control, -cincuenta y cinco- Fuego, fuego, caen veinte de los cuarentas y

diez de los quince. Volvamos a la resta, cuántos restos tendidos quedan, que importa si están dispersos, mutilados, descuartizados, no es asunto que interese a los números. La piel chamuscada huele a trozo de carne asada.

El chico se tapa la cara, tiene náusea, sólo ve un mundo ensangrentado en las matemáticas. Mastica, más mate, ata la idea, desata cálculo. Calcularía. El tema es aprender rápido como una emboscada sin salida. –Espera son treinta muertos. ¿Y si uno está escondido? ¿Y si otro huyó?

Dos puntos como ojos subyugantes se encuentran entre él y ella.

¿Y las otras rayitas a dónde habrán ido? Se hicieron una sola, ¿cuántas eran en total? contemos, la suma tiene dos, la resta tiene una, la multiplicación tiene dos, la división una con dos puntitos.

Mi abuelo fue a la guerra. Mi padre también. Yo no voy a ser el títere que manda ni obedece al poder que ordena más menos por dividido para multiplicar la resta de los restos. No y no. Escuadrón cuadra. Círculo dentro. Punto. Puntería. Puntaje. Paralelas rozan meridianos. El objeto se acerca.

La puntería lista. El blanco ubicado. La señal. Señala. Pierde la maña de contar con los dedos. Reglazo cae en los nudos. Estira la mano. Ponla recta. Chas Chas Chas. La regla de madera se parte. Busca armador. Me espeluzno. ¿Esto es jugar con el saber? No quiero crecer. No quiero...

Si las sumo dan cinco como los dedos de mi mano, ¿la izquierda o la derecha? ¿Eso no importa? Es una sola, una de las dos, menos mal, porque o si no me complico más. Falso, te sobra una, qué haces ahora.

Calla, la que da las órdenes soy yo. ¿Volvemos a la suma? Cruza dos rayas dentro del círculo que dibuja, hace cuatro partes iguales, en qué lado están los vivos, y en cuál los muertos. Ponlos. La resta lleva una cruz escondida. En la suma de los ausentes van los presentes desapareciendo.

Las rectas y las curvas de mi esqueleto en la piel que temple y destemple lo incompleto. Contemplo sin contemplación el destrozo del tres en raya. El templo de la muerte una figura de cuerda métrica, que no cuadra en la cabeza pendiente en la línea que delinea.

En fila parecen las rejas de una cárcel, si las acuesto en hilera parecen ataúdes vistos desde un helicóptero, si las pongo como paralelas parecen rieles de un tren que no llega. ¿Cómo armar un tres en rayas para jugar sin que note, todo el rato me vigila? ¿Desarmo y ensayo que alguien pierde? ¿Para desertar o qué?

¿Y si no tiene salida?

¿Cuántos se salvaron de ambos lados? –Veinticinco – Listo, ahora vamos a la multiplicación. Frente al espejo está el general, se imagina derribar dos pueblos, ajusta los ejes y diámetros del ángulo del objetivo.

Las medallas resplandecen en el vidrio que da contra el sol, las bombas tienen que caer precisas, cada población tiene sus refugios, tienes que planificar que nadie sospeche del plan.

Tres lados tienen el triángulo, repite, cuatro el cuadrado, no olvides igualitos. El círculo encierra el cero. La rueda gira dentro de un cuadrado que tiene ángulos que si les cruzo una rayita a sus esquinas armo cuatro triangulitos increíbles que parecen narices perdidas en el alambre de púas de los enemigos de ella. ¿No me deja tener amigos, me tiene encerrado en su cuartel mental?

El uno soy yo y ¿tú?

Si pinto negro y después blanco que gano, si fondeo el espacio de rojo y se confunde sobre la superficie qué queda. Si las rayitas las combino haciendo contraste o las coloco como velitas, y a dos le pongo puntos como cabezas sin que parezcan alfileres sino cabezas ensartadas en estacas, es horripilante la idea, pero se trata de uno de los dos.

¿Cómo te imaginas la escena?

Continúa el episodio en silencio.

Concéntrate. Una ciudad supongamos tiene diez mil habitantes, la otra cinco mil. La acometida tiene éxito. Cumplió su misión. ¡Guau! Esta vez los que lograron evitar la derrota, corren, no saben a dónde, están rodeados, no tienen idea de lo que pasa, de lo que va a volver a suceder.

Estos símbolos complicados sirven para divertirnos y espantarnos del mismo miedo. Terror dirás. ¿Estoy acostumbrado a esta masacre? Estoy rodeado de una raya que limita como alambre de púas los sueños.

Ponte atento. Dicen que de los diez mil se salvaron tres mil y que los cinco mil quedaron mil. Ahora el general quiere repetir la misma experiencia multiplicada al doble en otro lugar que le esta rondando en la cabeza, tiene que ser exacto, sin fallas, sin deudas, sin sobras.

La estrategia tiene que ser perfecta.

Línea atrás de la línea. Una larga adelanta la corta. Tras la huella barrunta manchas de borradores, otras delineaciones. Acción. Alineamiento. Alineación. Calibrar. Listo. El blanco da sobre el negro. La recta suma restas. El quebrado no cuadra con la curva. El peligro se congestiona como espejos enumerados por un solo número. Cuenta la repetición.

Delineada la vida como ida a...

Con el delineador cogido del tocador de la madre, el niño pinta las pestañas a la máscara sin rostro que se divide en dos en el reflejo. Con el lápiz rojo que le señala la falta, dibuja una boca abierta. ¿Para qué ojos? Párpados caídos suficientes.

Una casa inconclusa puedo dibujar, que tenga dos ventanas redondas, que carezca de paredes por dentro, sin puertas. Con un techo en forma de triángulo perfecto, no inclinado, con una brújula de tumbado, con piso de madera clara, para acostarme y marcar el norte, el sur, el este y el oeste de la nada. ¿Con un refugio que sólo yo sepa? ¿Acaso dentro del movimiento de mí mismo? Mejor la ensombrezco para que nadie la encuentre. No me grites, estoy delante de ti.

-Te perdiste, a dónde te fuiste, estamos aquí, ahora, allá no existe, -

(¿Quién sabe?)

Con el mismo número de población en los cuatro pueblos como en los anteriores se da simultáneamente detonaciones, cuántos se salvan cuantos quedan, ahora tú decides la exactitud aritmética dentro del conjunto algunos sobrevivientes, afuera muchas bajas, ¿y en tu cabeza cuántos? Escoge, ¿el triunfo o la derrota?.

- ¿Qué hacer, multiplico por dos o cuatro, o dos por cada pueblo, qué más, después sumo, a los muertos o a los vivos? ¿Cuántos quedan en mi cráneo?- Se me destripa el cerebro. Estalla mi corazón. No tengo que sentir. La historia no se enumera, se cuenta. Para eso las bajadas y las subidas y las divisiones del mapamundi. No se multiplica la serie del dolor. Eso no es objetivo. Sólo lo exacto. El quebrado una quiebra de repartos. Cada número una celda. Si la guerra solo sea un desmayo. Ma y yo nunca paz. Al restar a mi padre quedamos dos. Pero para ella quién soy. Me llamo como mi él. No cuadro en su ejército. Si uno está muerto...

El niño vuelve con su dado y siente el pun pun pun en su pecho, parece un tambor a punto de romperse, dentro una batalla y el ansia de una paz incommovible maniatada en el ser inamovible. Uno de los dos esta demás.

Coge dos rayitas sobrante según sus cálculos y las hace palitos para tocar la piel de su cuerpo al son de una marcha incomprensible. Parecen canutitos de bambu, paralelas de palmeras, dos brazos rectos, dos huellas de pie en una línea de carboncillo.

Se mira sus manos y con la pluma negra da en una de sus manos rayones hasta hacerse doler, en la otra reafirma suavemente con la punta fina del marcador las líneas con las que nació. Guarda lápiz, pluma roja, marcador, borrador dentro de la cartuchera, pone el cierre, mete en el cajón del escritorio lentamente como recordando si no olvida algo.

Su vacío parece una caja de resonancia en el desierto del afecto que intenta no dejar notar en su expresión sin acompañamiento. En la noche en su cuarto oscuro saca la imaginación y la deja jugar en pijamas. Es feliz en el secreto que no debe notar nadie.

El reflejo se eclipsa en la córnea.

Da igual, escoge, - los vivos- serán muertos todos alguna vez. El niño se hace sordo, multiplica, resta, se enreda, tose, hace como que no puede, no debe demostrar miedo, ni desboronar, -y eso que los quebrados no tratamos esta vez-, se traga la sensación

incierta, si de diez mil quedaran cinco mil y de cinco mil quedasen tres mil esto daría a...

Lo interrumpe, no sabes nada, no sirves para nada, puras faltas tienes, fallas a cada rato. Eres un inútil.

Su cara inmóvil frente a la rígida en eso de cumplir la tarea sin importa qué. Los detalles del sentido de cada uno una mirada amorfa en la memoria. Omitido estás. Bórrate de mi existencia como una mosca en el atrapa malla. El niño perplejo mira a su madre como una alucinada en la rueda de su lengua.

En la próxima queda lo mismo, pero, cómo puede ser tan exacto, cómo borrarlos del mapa así como que sí, ya no quiero más, responde sin preguntar, de diez mil quedaron cinco mil y de cinco mil quedaron tres mil, quita, pon, por qué, el por uno, el por dos, el por tres, el por cuatro, el por quién.

El dado desaparece en su lado como una línea de cordel. La cruz encima del cuaderno parece lápida, la mira, la retoca, la hace más gruesa, la perfora, la deja sin resto de huella, hace un gesto que la madre no se da cuenta.

Respira hondo sobre el hueco del papel. Pongo orden al desajuste. Hago rodar la operación sin apretar el gatillo. El cañón de su nariz olfatea mi miedo.

Punto de mira. Boca de fuego. Lateralidad cruzada. Derecha señala la pizarra. La zurda pone seguro. La aguja percutora frena el disparo real. Acerrojamiento y sitio seguro. Algo incompleto el martillar y desmartillar de la caída. Giro el tambor del cerebro.

Alinea. Desalinea. Línea. Escuadra. Cuadra. Escuadrón. Carga. Recarga. Descarga. Nada de carga. Asegura el cargamento. Dispara. No pares.

-Ya no mamá- Para. Pareces un taladro haciendo huecos a mis sesos. Deja de empuñarme en tu espejo muelle antagónico que desalojas la vida que no soportas. Empezando por mí. No soy tu replica.

Cállate. No te me opongas. ¡No! Puedes multiplicar, imagínate a todos los espejos llenos de calaveras y recién nacidos, uno por uno igual a uno, uno por cero igual a cero, uno por dos igual a dos, uno por tres, así, asá hasta el infinito. Divido al más, a este le quito todo, nada que multiplicar, ni por lo tanto nada de tonto, tonómetro, metro, reto. Importa porta por favor. Ya no más.

Tanto por ciento sin asiento. Ciento más uno notas la diferencia. Por cuanto uno más uno menos pasa inadvertida en el globo globalizado en una inflación de fracción del segundo. Fraccio, facturo, fracturo, factor.

Nefasta respuesta. Empezamos.

Hay números invisibles que no se dejan contar en los decimales de la izquierda, derecha o del centro. Hazte a un lado. Cualquiera te puede tocar. No todo es cualquier cosa. La cosa es caja y tabla contable. Encajas en la caja. Encajona la cifra.

Lapso. Colapso. La sílaba Silva. El número cae en la trampa. Podemos pasar a otro tema y dejar que los números descansen en paz.

No hables disparates. Calibra.

Mate no es ma...

Arranco la página. Alzo la mano, arrugo la hoja, la hago trizas. La desafío. Apenas soy un niño arrinconado en el puesto de la infancia sin fantasma, sin juego, sin representación teatral, sin lugar a dudas. Sin nadie que detenga este peso que se instala como cañón a detonar algún día.

La escuela es estricta y sólo ve los resultados. Impecables páginas con respuestas sin manchones. Números bien hechos. Resultados como quiere el profesor. No importa cómo los hace el alumno en su caso. Eso no es asunto del maestro exigente. En la libreta no hay ningún rojo, ninguna nota de conducta inadecuada del niño. Es modelo de alumno. Es casi perfecto según la junta de los profesores.

Remata. Deshilacha la red de la libertad inmóvil en los números atrapados en la telaraña. La araña tiene ocho patas. Se las voy arrancar de una en una. Me vació la culpa del cuerpo. Mi voz no es mía. Ella quiere escuchar el monólogo de la lucha que dibuja en el rombo. Dos triángulos perfectos los pega en el espejo donde tambalea el porvenir.

Mastica. Muerde. Resuelve.

Dibuja al borde de la hoja el por, los hace de tal forma que parecen dos cisnes abrazados. La división la cuelga como un rostro borroso donde apenas los ojos y la nariz se vislumbran. Convierte en tijera esos cuerpos juntos. Corta la línea que se confunde con la curva.

Esconde en un punto toda la operación. Dar en el blanco es la dinámica de este movimiento ordinario de números. Da bajada, da subida, da división a sobrante a débito a deudor a préstamo a duda sin descuento.

Nadie es múltiplo de sí mismo. Que la resta sea resto de nada. No se le ocurre otra cosa. Está aturdido, cansado, guarda un secreto que ni al testigo de esta historia quiere contar, -eso lo dejo para mí, no rindo cuentas a nadie, a nadie le debo, eso será mi operación sin respuesta-

Puesta de escena en suspenso.

Puesto.

Esto.

Toma con calma el alma sin atributo. Psique: mitad blanca. Mitad negra. Nada de luto el saber. Se aprende con el herraje de la maquina y sus procesos. Avances. Rápido pasa el tiempo. El cuarto lleno de medallas. La mujer sólo quiere resultados. El hijo es un silencio sepulcral.

Finito por ti, finito por mí, finito tu padre. Dividido nuestro matrimonio, tu dividido para uno, yo dividida para dos, tres dividido para ninguno. La división sin visión.

Algo no tiene que saber el otro ni yo. Ahora hago como que cumplo, que obedezco, que sigo el deber, la tarea. El oficio. No dejo huellas. Salgo a la función de genio a la vista. Qué importa si sé. Hago que parezco saber. Repito. Restándome...

Repartos, parto, partido, idos, dos, uno, ninguno. Partida de nacimiento, partida de defunción. De parte de quién estás. Dime. El saber es sanguinolento. Lento. El niño se ve repartido, partido, ido en dos.

Sus progenitores en el corto tiempo convivido disputándolo como pelota de futbol en la cancha de la revancha . ¿Pelea de padres y guerra en qué se parecen? Todo se vuelve borroso. Sus ojos se llenan de sospechas. Resiste llorar.

-No sé- Claro que sabes, -si algo digo de ti, no me crees, si digo de él me borras, me tachas, me manchas, me anulas con tus combates inacabables. ¿La matemática es un arma donde todo lo contabilizas? Todo lo pones en una caja de debe haber y no quieres saber de saldos. ¿Chica o grande? Según sea el caso. Soy acaso tu deuda, tu duda, tu pesa de la balanza no resuelta en la medida de tu silueta.

El número no da con la letra.

Saco mi nombre del número de identidad. La huella digital llena de rayitas... ¿cuántas tengo? La mancha en el dedo y la sombra en el papel dice que soy yo. Con eso crees que ya dan con uno. Eso es insuficiente.

Multiplico sin espejos, divido la sombra, sumo mis dos hemisferios en mi esquema corporal, en la mitad de mí la mitad de mi otro sin semejanza. Dos desiguales que se cruzan y se diferencian en mi esqueleto que los otros aprueban y desaprueban. Quiero reprobar. No probarme nada.

Déjame ir, no. Déjame vivir, con quién. Déjame morir, no se lo dice. Lo piensa detenidamente- Se esconde en la trinchera sin escapatoria con un revolver robado a su progenitor ¿desaparecido, muerto en combate como ella refiere, que no recuerda su cara?

Ajusta el gatillo, abre la boca, se mete la pistola. En qué piensas, la mira.

Nada que decidir. Echa de sí la sombra que lo embaucó en la cacería de sabes o no.

Queda uno. De ese me encargo yo. No tendrá calificación. Que se encarguen de encontrarlo. Que se tomen el tiempo de buscar. Que terminen de armar el rompecabezas con el agujero en la punta de la soledad.

La guerra no es sólo una historia, es un hecho de un acto definitivo.

Quedan dos lados sin figuras, ya en uno el triángulo, significa ellos y yo. En el otro lado la nada, la de todos, qué te parece. Hace un gesto. Su boca queda como una línea recta apretada en el silencio.

Mate. Maté. Mata. Matas. Mato. Mató. Me mato para no matarte, ¿A este juego como se lo debería nombrar?

Hago un rombo que no es igual al triángulo. Si lo pongo encima de un espejo parecen las pirámides reflejadas en el agua.

¿El asunto separa, acerca, aleja, divide, te resta.

Si sé (o) no sé. ¿Hay algo más en la vida escindida entre la suma que te resta o viceversa y que por más que te multiplique. El que te desapruéba te dice no eres ninguno. -No sé ¿qué contestar?-

Tu uno es uno y de nadie más. ¿Mío? ¿Acaso tengo uno? Nunca lo supe.

Encima del escritorio queda una página con esto:  $\cdot \cdot \cdot \cdot \cdot \cdot$  cara luego sé un **0**: ojo; **0**

(cero) a lado de un cuadrado vacío equivalente o no a  $+/ -$ : más o menos voy por allí.

Mi yo sin imagen para el otro entre **0**: par vacío como dos cejas o manos acercándose o cercándome de quién o de qué.

La infancia devastada no sabe jugar al escondite. La incógnita de ella una dama inmóvil en el ajedrez del desconcierto. Me detuvo en su vientre. Tiene muerto el afecto. Es una tortura no resuelta su palabra en la demanda de la muerte.

El verbo se ausenta cuando lo tocas.

Última pregunta que hace eco. ¿Quién quieres ser, el torturado o la víctima cuando se presenta lo amado, lo codiciado? - ¿Se puede escoger eso?-

La imagen es nada. Se acabó.

No más reflejos ni semejanzas vacías ni huellas inertes ni conjuntos prisioneros en el hocico de la que me tuvo nueve meses en su útero. ¿Cuánto tiempo he tenido para mí?

¿Cuántas veces me perdí en las tablas sin igual?

Padre tu instante en el cuerpo de mi madre me hace llevar una paz terrible. El sentimiento juega al ahorcado en el cuerpo. No le doy tiempo a que tache el espejo. Lo haré sin que nadie se entere cuando me de la regalada puta nada.

Borra la pizarra. La tiza cae. La hoja queda arrugada en el piso. El lápiz y el borrador en la mesa. El sacapuntas espera su turno. La sombra se difumina en el ejercicio y la repetición.

En sus ojos se confunden los otros. Ella es él. En el retrovisor mitad de miradas.

El amor nació para morir en el cuerpo. Nunca le oí hablar de ese sentimiento.

Basta de torturas. Desarmo la represión. Basta de carnicerías. Basta de ti. Basta de esa mujer. Basta de mí. Allá ustedes.

Tranquilo escucho. Establezco contacto. . Acaso soy uno de una de las tantas vidas que eliminé. Mi cuerpo entabla un reto al deseo que toca la inestabilidad de la ola en la tabla. Eres un número y una letra.

La noche se pierde a la vuelta de ti. Saber matemáticas y una bala de salva para alguien. Una te toca. Ya tengo la propia.

Es mi asunto la vida que me resta.

Cada día que amanece en mi cuerpo una sombra deshabita la soledad.

En ningún lado aquel de ellos. Yo vaciado.

Tirano ano del amo haciendo cagada nuclear, tal tipo de gente que hasta instala su estatua de armamentos hasta llegar hacerse reverenciar como esvástica de la muerte. ..

A(r)ma hasta la compulsión de la pulsión. Phussssssss

Acorralados por mar, cielo, tierra y fuego.